

# Apéndice I

## Gracia, virtud, misericordia y bienaventuranza

### I. I. La gracia

Apartes del “Catecismo de la Iglesia Católica”.

Nuestra justificación viene de la gracia de Dios. La gracia es el *favor*, la *ayuda gratuita* que Dios nos da para responder a su llamado: llegar a ser hijos de Dios<sup>1</sup>, hijos adoptivos<sup>2</sup>, participantes de la divina natura<sup>3</sup>, de la vida eterna<sup>4</sup>.

La gracia es una participación *de la vida de Dios*, ella nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria: por el sacramento del bautismo el cristiano participa de la gracia de Cristo, cabeza de su cuerpo. Como un “hijo adoptivo”, él puede en adelante llamar a Dios “Padre”, en unión con el Hijo único. Él recibe la vida del Espíritu Santo quien le insufla la caridad y quien constituye la Iglesia.

Esta vocación a la vida eterna es *sobrenatural*. Ella depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, ya que solo Él puede revelarse y darse Él mismo. Ella sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana, y de toda criatura<sup>5</sup>.

La gracia de Cristo es el don gratuito que Dios nos hace de su vida, infusa por el Espíritu Santo en nuestra alma para sanarla del pecado y santificarla: esto es la *gracia santificante*, recibida en el sacramento del bautismo. Ella es en nosotros la fuente de la obra de santificación<sup>6</sup>:

“Por tanto, si alguno vive en Cristo, es una criatura nueva. Lo viejo pasó: he aquí que se ha hecho nuevo. Y todo esto es obra de Dios, quien nos reconcilió consigo por medio de Cristo, y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación”<sup>7</sup>.

La gracia santificante es un don habitual, una disposición estable y sobrenatural que perfecciona el alma para hacerla capaz de vivir en Dios, de actuar por su amor. Se distinguirá la *gracia habitual*, disposición permanente de vivir y de actuar según el llamado divino, principio intrínseco y transformador: “cualidad divina inherente al alma, semejante a la luz cuyo esplendor,

---

<sup>1</sup>. Cf. San Juan I, 12

<sup>2</sup>. Cf. Romanos VIII, 14-17

<sup>3</sup>. Cf. II San Pedro I, 3-4

<sup>4</sup>. Cf. San Juan XVII, 3

<sup>5</sup>. Cf. I Corintios II, 7-9

<sup>6</sup>. Cf. San Juan IV, 14; VII, 38-39

<sup>7</sup>. II Corintios V, 17-18

envolviendo a las almas, borra las manchas de la culpa y les comunica una radiante belleza”<sup>8</sup>; de las *gracias actuales* que designan las intervenciones divinas, ya sea al origen de la conversión o en el curso de la obra de la santificación; un relámpago de Dios que ilumina la mente, a un estímulo de la voluntad, con el cual Dios nos incita; es transeúnte como la obra, no es permanente como una disposición duradera. A los pecadores y a los justos concede Dios en forma copiosa este rocío de gracias actuales, las cuales guían y sostienen a los primeros en la justificación, y conservan y estimulan a los segundos en el camino del bien.

La *preparación del hombre* a la acogida de la gracia es ya una obra de la gracia. Esta es necesaria para suscitar y sostener nuestra colaboración a la justificación mediante la fe, y a la santificación mediante la caridad. Dios termina en nosotros aquello que Él ha comenzado: “Ya que Él comienza haciendo por todos los modos, mediante su operación, que nosotros quisieramos: Él termina, cooperando con nuestros deseos ya convertidos”<sup>9</sup>.

“Cierto es que nosotros trabajamos también, pero nosotros no hacemos mas que trabajar con Dios quien trabaja. Ya que su misericordia nos ha adelantado para que seamos sanados, porque ella nos sigue todavía para que una vez sanados, seamos vivificados; ella nos adelanta para que nosotros seamos llamados, ella nos sigue para que seamos glorificados; ella nos adelanta para que nosotros vivamos según la piedad, ella nos sigue para que vivamos por siempre con Dios, ya que sin Él nosotros no podemos hacer nada”<sup>10</sup>.

Cuando el Apóstol San Pablo escribía a los gálatas decía: “Mas cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, formado de mujer, puesto bajo la Ley, para que redimiese a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por que sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba, Padre!”<sup>11</sup>.

Y escribiendo a los de Éfeso, estando preso, en el mismo momento en que se preparaba a revelarles el misterio oculto desde siglos, estaba tan extasiado en la grandeza del misterio de la adopción divina, por los méritos de Jesucristo, que olvidaba su triste condición y sus cadenas, para entonar, al principio de la epístola, un himno de alabanza y de agradecimiento al cielo: “Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual ya en los cielos, pues desde antes de la fundación del mundo nos escogió en Cristo, para que delante de Él seamos santos e irreprochables; y en su amor nos predestinó como hijos suyos por Jesucristo en Él mismo (*Cristo*), conforme a la benevolencia de su voluntad, para celebrar la gloria de su gracia,

---

<sup>8</sup>. Cf. La gracia obra en nosotros una renovación interior, y para decirlo con San Belarmino, nos transforma en imagen de Dios, haciéndonos puros y santos, y nos hace partícipes de la naturaleza divina. He aquí porque Santo Tomás de Aquino ha podido escribir con razón que “la perfección que resulta, a una sola alma, del don de la gracia, sobrepasa a todo el bien esparcido en el universo”. Nada hay, en verdad, en todo el orden natural, no obstante sus bellezas, que pueda ser paragonado a nuestra divinización y a lo que la produce. En la vida de Santa Catalina de Siena escrita por el Beato Raimundo de Capua, su confesor, cómo la Santa, habiéndole sido mostrada un día por Jesús un alma cuya conversión había obtenido ella por medio de la oración y la penitencia, exclamó: “¡era tal la belleza de aquella alma, que ninguna palabra podría expresarla!” Y nuestro Señor, indicándole ese divino esplendor, añadía: “¿no te parece graciosa y bella esta alma? ¿Quién es entonces el que no aceptará cualquier pena para ganarse una criatura tan admirable?”

<sup>9</sup>. San Agustín. Grat. 17

<sup>10</sup>. *Ibíd.*. Nat. et Grat. 31; cf. Y qué otra cosa son todas las epístolas de San Pablo, ¡sino una constante predicación de los inefables misterios de la gracia y de la filiación divina!

<sup>11</sup>. Gálatas IV, 4-6

con la cual nos favoreció en el Amado. En Él, por su Sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia, la cual abundantemente nos comunicó en toda sabiduría y conocimiento”<sup>12</sup>.

Cuando hablan de la gracia, los santos padres exponen el dogma con los más vivos colores.

San Ambrosio, por ejemplo, compara a Dios con un artista que se acerca al alma, como el pintor se acerca a la tela, y la pinta maravillosamente, de suerte que brille en ella el esplendor de la gloria y la imagen de la sustancia del Padre: “débese a ese pincel que el alma tenga un valor tan grande... ¡Oh hombre! Tú has sido pintado: ¡pintado, digo, por el Señor tu Dios! ¡Qué excelente es el artista y qué admirable el pintor! ¡Guárdate bien de destruir en ti una pintura tan divina, hecha no de mentiras, sino de verdad, no son colores perecederos, sino con una gracia inmortal”.

La libre iniciativa de Dios exige la *libre respuesta del hombre*, ya que Dios ha creado el hombre a su imagen, otorgándole con la libertad, el poder de conocerle y de amarle. El alma solo entra libremente dentro de la comunión del amor. Dios toca inmediatamente y mueve directamente el corazón del hombre. Él ha colocado en el hombre una aspiración a la verdad y al bien que Él solo puede colmar. Las promesas de la “vida eterna” responden, más allá de toda esperanza, a esta aspiración:

“Si Tú, al término de tus buenísimas obras... Te has reposado el séptimo día, es para decirnos primero por la voz de tu libro, que al término de nuestras obras “que son buenísimas” por el hecho mismo que has sido Tú quien nos las has dado, que nosotros también en el sábado de la vida eterna nos reposaremos contigo”<sup>13</sup>.

La gracia es primero y principalmente el don del Espíritu Santo que nos justifica y nos santifica. Pero la gracia comprende también los dones que el Espíritu Santo nos concede para asociarnos a su obra, para hacernos capaces de colaborar a la salvación de los demás y al crecimiento del cuerpo místico de Cristo, que es la Santa Iglesia Católica.

Estos son las *gracias sacramentales*, dones propios a los diferentes sacramentos<sup>14</sup>. También están además las *gracias especiales* llamadas también *carismas* según el término griego empleado por el Apóstol San Pablo, y que significa favor, don gratuito, beneficio<sup>15</sup>. Cual sea su carácter, algunas veces extraordinario, como los dones de milagros o de lenguas, los carismas son ordenados a la gracia santificante, y tienen como fin el bien común de la Iglesia. Ellos son un servicio de la caridad quien edifica la Iglesia<sup>16</sup>.

---

<sup>12</sup>. Efesios I, 3-7; cf. Son muy pocos hoy en día los que leen las epístolas de San Pablo, y poquísimos entre los pocos lectores las comprenden, porque les falta esta clave necesaria para poder entender su sentido: esto es, la distinción entre el orden sobrenatural y el natural, el concepto de la gracia y de la adopción divina. Y es de lamentar que este fundamento del cristianismo sea poco tenido en cuenta aún en la predicación. Se descuidan excesivamente las raíces, limitándose a una flor del árbol, sin observar esa flor en el espíritu vivificador que la ha producido y la anima. No sucedía así en los primeros siglos de la Iglesia. Las obras inmortales de los santos padres griegos y latinos ponen de manifiesto que lo sobrenatural formaba el objeto principal de los sermones, de las homilías y de la catequesis. San Agustín no temía extenderse en ese argumento hablando con los humildes pescadores de Hipona. El gran doctor enseña en *De civitate Dei*: “El Hijo de Dios, su único Hijo según la naturaleza, por una maravillosa condescendencia se ha hecho hijo del hombre, para que nosotros, que somos hijos del hombre por nuestra naturaleza, nos hiciésemos hijos de Dios por su gracia”

<sup>13</sup>. San Agustín. Conf. 13, 36; 51

<sup>14</sup>. Cf. Ver: de los sacramentos en general. Págs. 225-329

<sup>15</sup>. Cf. LG 12

<sup>16</sup>. Cf. I Corintios XII

Entre las gracias especiales, conviene mencionar las *gracias de estado* quienes acompañan el ejercicio de las responsabilidades de la vida cristiana y de los ministerios en el seno de la Iglesia:

“Y tenemos dones diferentes conformes a la gracia que nos fue dada, ya de profecía (*para hablar*) según la regla de la fe; ya de ministerio, para servir; ya de enseñar, para la enseñanza; ya de exhortar, para la exhortación”<sup>17</sup>.

Siendo de orden sobrenatural, la gracia *escapa a nuestra experiencia* y no puede ser conocida que por la fe. No podemos entonces confiarnos en nuestros sentimientos o en nuestras obras para deducir que somos justificados y salvados<sup>18</sup>. Sin embargo, según la palabra del Señor: “De modo que por sus frutos los conoceréis”<sup>19</sup>, la consideración de los beneficios de Dios en nuestra vida y en la vida de los Santos, nos ofrece la garantía que la gracia está en obra en nosotros y nos incita a una fe cada día más grande y a una actitud de pobreza confiada.

Se encuentra una de las más bellas ilustraciones de esta actitud en las palabras de Santa Juana de Arco a una pregunta trampa de sus jueces eclesiásticos: interrogada, si ella sabe que está en gracia de Dios; responde: “Si yo no estoy en gracia, Dios en ella me quiere poner; si estoy en gracia, Dios en ella me quiere conservar”<sup>20</sup>

## I. II. Las virtudes teologales

“Justificaos, pues, por la fe, tenemos paz en Dios, por medio de Nuestro Señor Jesucristo, por quien, en virtud de la fe, hemos obtenido asimismo, el acceso, a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no solamente esto, sino que nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra paciencia; la paciencia, prueba; la prueba, esperanza; y la esperanza no engaña, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo, que nos ha sido dado”<sup>21</sup>

### I. II. 1. La fe

¿Qué significa la palabra fe? Es creer todo aquello que no entendemos y no vemos.

¿Qué deberes te ayuda a cumplir la virtud de fe? El de creer firmemente en Dios y en todo lo que Él nos ha revelado, defender públicamente la fe católica, es decir, todo aquello que la Iglesia nos enseña, de combatir las tentaciones contra la fe, de dar testimonio de la fe frente a los otros con celo verdaderamente misionero.

---

<sup>17</sup>. Romanos XII, 6-9

<sup>18</sup>. Cf. Concilio de Trento: Manual de Símbolos, Definiciones y Declaraciones de la Iglesia en Materia de Fe y Constumbres. (DZ). 1533-1534

<sup>19</sup>. San Mateo VII, 20

<sup>20</sup>. Santa Juana de Arco. Proceso; **Catecismo de la Iglesia Católica. Núms. 1996-2005**

<sup>21</sup>. Romanos V, 1-5

## Acto de fe

Dios mío, creo firmemente todas las verdades que habéis revelado y que enseñáis por vuestra Iglesia, por que vos no podéis ni engañaros ni engañarnos<sup>22</sup>

### I. II. 2. La esperanza

¿Qué significa la palabra esperanza? Es el deseo de algo aunado a la expectativa de obtenerlo.

¿Qué deberes te ayudan a cumplir la virtud de esperanza? El deber de esperar confiadamente que Dios te concederá la salvación eterna y todos los medios para alcanzarla, el de luchar contra las tentaciones contrarias a la esperanza cristiana.

## Acto de esperanza

Dios mío, espero con firme confianza que me daréis, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, vuestra gracia en este mundo y, si observo vuestros mandamientos, la felicidad eterna en el otro, porque Vos lo habéis prometido y Vos sois fiel a vuestras promesas<sup>23</sup>

### I. II. 3. La caridad

¿Qué significa la palabra caridad y qué deberes te ayuda a cumplir la virtud de la caridad? Es amar a Dios de todo corazón, porque es infinitamente bueno y digno de todo amor, y es amar a tu prójimo como Nuestro Señor Jesucristo te ha amado a ti: “Si alguno dice: yo amo a Dios, y odia a su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien nunca a visto”<sup>24</sup>.

¿Qué implica el mandamiento de amar a Dios de todo corazón? Este gran mandamiento de Nuestro Señor Jesucristo llama a todos, de cualquier categoría o clase social que sean, a la plenitud de la vida cristiana, a elevada santidad y perfecto amor; el divino maestro y modelo de toda perfección, el Señor Jesús, quien predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuera su condición, la santidad de vida, de la que Él es el iniciador y consumidor: “Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”<sup>25</sup>.

---

<sup>22</sup>. Cf. Es pecado contra la fe la duda voluntaria respecto a la fe, que descuida o rechaza tener por verdadero lo que Dios ha revelado y lo que la Santa Iglesia Católica propone creer, y el rechazo de la sujeción al sumo pontífice o de la comunión con los miembros de la Santa Iglesia Católica

<sup>23</sup>. Cf. Es pecado contra la esperanza desconfiar de Dios o mantener una esperanza equivocada, como sería confiar en la misericordia de Dios, a la vez que se rehusara detestar los pecados y enmendar la vida. Esto es el pecado de presunción

<sup>24</sup>. I San Juan IV, 20

<sup>25</sup>. San Mateo V, 48; cf. Concilio Ecuménico Vaticano II. Sobre la Iglesia. Núm. 40

¿Cuáles son las mejores formas de mostrar amor al prójimo?

- 1) Las obras de misericordia espirituales.
- 2) Las obras de misericordia corporales.

¿Nos presentó el Señor Jesús alguna vez un esquema de perfecta vida cristiana? Sí, en el sermón de la montaña, especialmente en las normas para alcanzar la felicidad que son las ocho bienaventuranzas<sup>26</sup>.

¿Cuáles son los pecados contra la caridad cristiana? Pensar, hablar, actuar hostilmente contra los otros, como tener odio, envidia, enemistad, dar escándalo, cooperar en los pecados de los otros, rehusar el perdón a los que nos ofenden.

### Acto de caridad

Dios mío, os amo de todo corazón y por encima de todas las cosas, porque Vos sois infinitamente bueno e infinitamente amable, y amo a mi prójimo como a mí mismo por amor a Vos<sup>27</sup>

## **I. III. Las obras de misericordia**

### **I. III. 1. Las siete obras de misericordia corporales**

- 1) Dar de comer al hambriento.
- 2) Dar de beber al sediento.
- 3) Vestir al desnudo.
- 4) Alojar al peregrino.
- 5) Visitar al enfermo.
- 6) Visitar al encarcelado.
- 7) Enterrar a los muertos

### **I. III. 2. Las siete obras de misericordia espirituales**

- 1) Aconsejar al dudoso.
- 2) Enseñar al ignorante.
- 3) Corregir al pecador.
- 4) Consolar al afligido.
- 5) Perdonar las ofensas.
- 6) Soportar con paciencia a la persona fastidiosa.
- 7) Orar a Dios por los vivos y los muertos<sup>28</sup>

---

<sup>26</sup>. Cf. San Mateo V, 1-12

<sup>27</sup>. Cf. Es pecado contra la caridad la indiferencia, que descuida o rechaza la caridad divina, la ingratitud, la tibieza, la acedia o pereza espiritual y el odio a Dios, que tiene su origen en el orgullo; este artículo sobre las virtudes teologales ha sido tomado del Catecismo de la Doctrina cristiana. P. Gaspar Astete. Ed. San Antonio. Rionegro. Colombia. Págs. 23-24

<sup>28</sup>. Cf. **Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Apéndice B. Formulas de Doctrina Católica**

## I. IV. Las bienaventuranzas

La continua predicación y enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo ha quedado formulada en un único texto, resumen o compendio asequible de aquello que los evangelistas entienden como el núcleo de la felicidad que Cristo promete a los que le siguen.

Son las bienaventuranzas. Se llaman así porque de modo armónico e insistente explica las características de los justos en el nuevo reino. Veamos estas bienaventuranzas que Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó e intentemos captar el contenido más hondo:



**El sermón de la montaña**

“Al ver estas multitudes, subió a la montaña, y habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos. Entonces, abrió su boca, y se puso a enseñarles así:

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque a ellos pertenece el reino de los cielos.

Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque serán hartados.

Bienaventurados los que tienen misericordia, porque para ellos habrá misericordia.

Bienaventurados los de corazón puro, porque verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque a ellos pertenece el reino de los cielos. Dichosos seréis cuando os insultaren, cuando os persiguieren, cuando dijeren mintiendo todo mal contra vosotros, por causa mía. Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que fueron antes que vosotros”<sup>29</sup>.

Lo que Jesús muestra en las bienaventuranzas es a Él mismo. Él es el bienaventurado, el santo, la plenitud de la nueva ley.

---

<sup>29</sup>. San Mateo V, 1-11; cf. San Lucas VI, 20-23

El cumplimiento de la ley del nuevo reino de Dios consistirá en seguirle, en imitarle, en ser igual a Él en la medida de lo posible.

Una mirada más profunda nos lleva a ver en Nuestro Señor Jesucristo al pobre, que sin nada vino al mundo y sin nada se irá, siendo Señor de todo lo creado.

Es el manso y el pacífico, que se manifiesta, animando, reconciliando a los hombres con Dios, entre sí y en su interior.

Las lágrimas ocuparán un lugar en su vida y será consolado por ángeles antes del sacrificio redentor.

Es el hambriento y el sediento de la nueva justicia, que como don divino se derramará sobre la tierra.

Sembrador de misericordia, alcanzará el perdón a los contritos de corazón y a las ovejas perdidas.

Su limpieza de corazón llegará hasta la ausencia de todo amor propio, en un amor verdadero que se derramará sobre todos los hombres. Él es el Hijo de Dios, en una generación eterna de tal plenitud que es consustancial al Padre: “Yo y mi Padre somos uno”<sup>30</sup>, dirá más adelante.

Además, será el perseguido por enseñar la senda del amor que el mundo no puede entender, porque está lleno de pecado.

Y en la octava bienaventuranza, vemos a Cristo enclavado en la cruz, el sacrificio perfecto entre el cielo y los hombres, salvando a todos.

Cristo en las bienaventuranzas se muestra a sí mismo como camino de la nueva felicidad. Todo este aluvión de luz, de verdad y de vida, debía ser comunicado a los hombres de un modo gradual. De entrada, la mayoría no podía soportar tanta verdad pues era necesario romper los esquemas antiguos. Por eso, Cristo se revela veladamente, manifestándose a través de una moral nueva, la moral de las bienaventuranzas.

En un primer nivel les dice que serán felices y justos si saben vivir con pobreza, con mansedumbre, con ánimo pacífico y pacificador, con corazón misericordioso, siendo limpios de corazón y llenos de rectitud de intención en lo más íntimo; que los que tienen hambre y sed de justicia la recibirán, igual que si saben llorar y llevar bien las persecuciones.

Nunca ha hecho felices a los hombres el ansia de dinero o de poder, ni el espíritu violento, ni la rebeldía ante las dificultades, ni el corazón sucio y retorcido, ni el alma inmisericorde o dura, que no sabe sufrir con los que sufren, ni el rencor ante las persecuciones.

La felicidad sólo puede estar en el amor verdadero, y las bienaventuranzas marcan la senda de un amor rico en matices que abarca las situaciones reales de la vida.

Por otra parte el premio es extraordinario: el reino de los cielos, con lo que significa de poseer la tierra, ser consolados, ser saciados de justicia, alcanzar misericordia, ver a Dios, ser llamados hijos de Dios y, al morir, una gran recompensa en los cielos. Esta es la plenitud del reino de Dios que Cristo anuncia. Más no se puede pedir. El reino de las bienaventuranzas es la plenitud humana alcanzada como don de Dios a los que quieren creer y vivir la nueva vida y la nueva alianza. Al final de los tiempos los justos vivirán esa bienaventuranza de un modo pleno. Continúa)

---

<sup>30</sup>. San Juan X, 30